

EL AMARILLO, EL AZUL Y YO: RELATOS DE UN PROFESOR, INVESTIGADOR Y ARTISTA EN CÁDIZ¹.

The yellow, the blue and me: stories from a teacher, researcher and artist in Cadiz.

Autor: Dr. João Paulo Baliscei
Arte-Educador. Doctor en Educación (PPE/UEM)
Profesor del Curso de Artes Visuales (UEM)
Coordinador do Grupo de investigación en Arte, Educación e Imágenes - ARTEI
Filiación. Universidad de Maringá, Paraná. Brasil
E-mail: jpbaliscei@uem.br
Orcid: 0000-0001-8752-244X

Recibido: 11/4/2025. Revisado: 15/5/2025 Aceptado: 20 /5/2025 Publicado: 1/6/2025

Resumen:

Se trata de dos crónicas que relatan las impresiones de un profesor, investigador y artista brasileño, becario por el Programa de Movilidad Docente Brasil-España - Fundación Carolina, y que realiza investigaciones en la Universidad de Cádiz - UCA. Cada una de las crónicas destaca un momento concreto de la estancia en la ciudad de Cádiz, y menciona experiencias culturales, artísticas, científicas y emotivas. La primera crónica, escrita en abril de 2025, establece analogías basados en el color amarillo; y el segundo, escrito en mayo del mismo año, utilizando el color azul. Además, las crónicas están atravesadas por imágenes creadas por el autor que ofrecen panoramas visuales, artísticos y cromáticos de las relaciones que estableció para (y con) la ciudad de Cádiz.

Palabras clave: *Movilidad Docente; Arte; Imagen; Enseñanza; Educación.*

Abstract:

These are two chronicles that relate the impressions of a Brazilian professor, researcher and artist, a scholarship recipient from the Brazil-Spain Teaching Mobility Program - Fundación Carolina and who carries out research at the University of Cádiz - UCA. Each of the chronicles highlights a specific moment of the stay in the city of Cádiz, and mentions cultural, artistic, scientific and emotional experiences. The first chronicle, written in April 2025, establishes analogies based on the color yellow; and the second, written in May of the same year, using the color blue. Furthermore, the chronicles are crossed by images

created by the author that offer visual, artistic and chromatic panoramas of the relationships he established for (and with) the city of Cádiz.

Keywords: Teaching Mobility; Art; Image; Teaching; Education.

Cómo citar: Balisce, J. (2024). *El amarillo, el azul y yo: relatos de un profesor, investigador y artista en Cádiz. Gaditana-logía. Estudios sobre Cádiz*, 5(8), 26-34. <http://doi.org/10.25267/Gadit.2025.v5.i8.08>

1. LA CIUDAD DE CÁDIZ, EL AMARILLO Y YO

11 de abril de 2025. Estoy en Cádiz por la segunda vez.

La primera vez que estuve en la ciudad fue en 2018. En ese momento vivía en Huelva y, con un grupo de amigos profesores, todos brasileños, decidimos conocer el Sur de España en un viaje con un coche de alquiler. Para hacer la aventura aún más especial, le propuse un reto al grupo: que alquiláramos un coche de color amarillo.

Por el camino, al final del día, nos acercamos a Cádiz, donde pasaríamos dos o tres días. El Sol se ponía en un cielo ya amarillo y, desde el interior del auto de ese mismo color, vimos, a lo lejos, un hermoso puente cuyas formas llamaron nuestra atención.

-"¡Mira! Podríamos pasar por ahí" dije, mientras al mismo tiempo me daba cuenta, al volante, de que la carretera, en una curva abrupta, nos llevaba en otra dirección. Entonces supuse que aquel marco tan interesante no formaría parte de nuestra ruta. Las curvas cambiaron mi atención con una dureza similar a la que un adulto tira del brazo a un niño cuando pasan frente a un expositor de juguetes, para que el niño no tenga tiempo de notar algo que pueda interesarle.

El niño era yo. El adulto, la carretera. Y el juguete, el puente que, en ese punto, ya estaba amarillo.

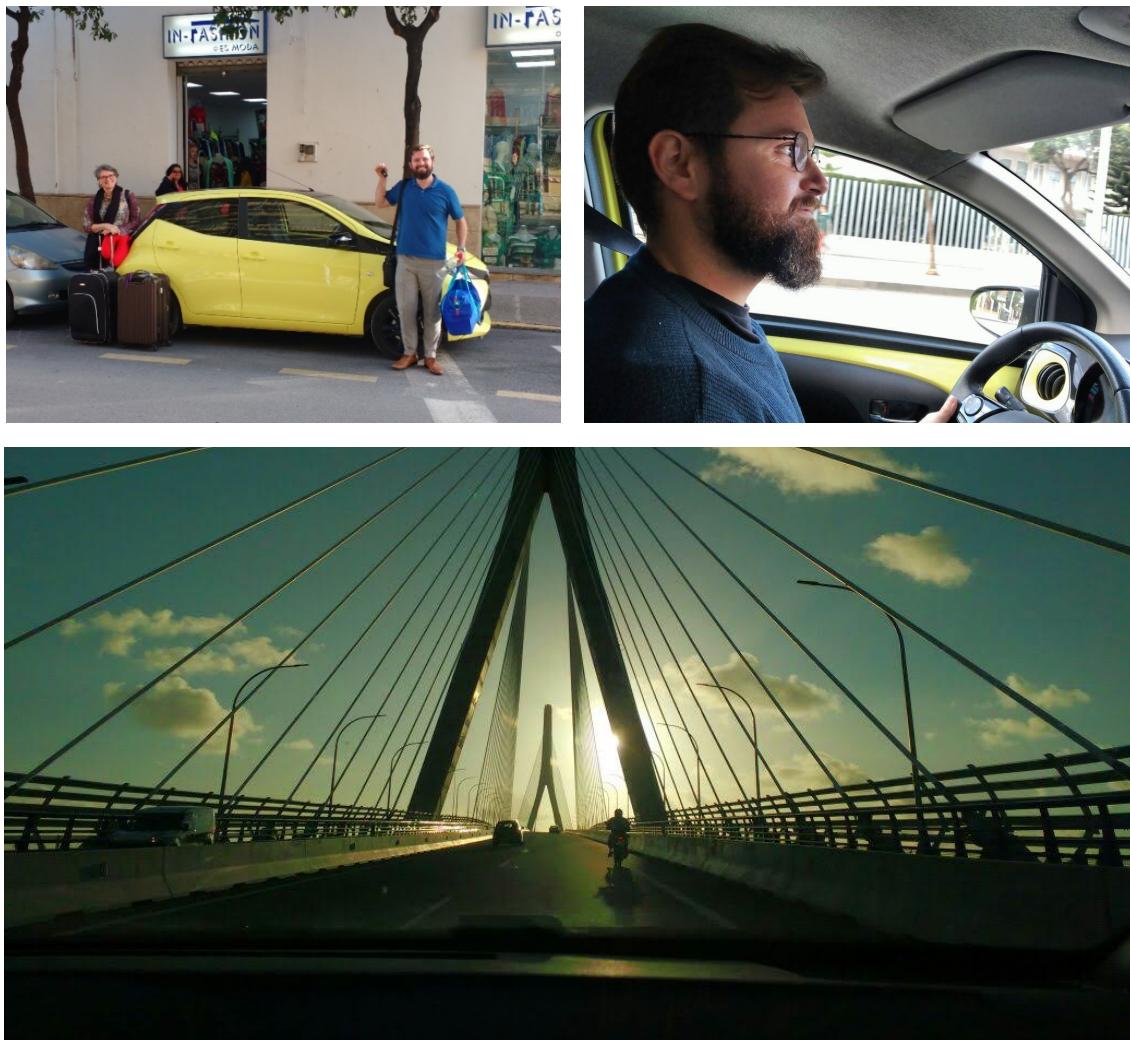
A partir de entonces las curvas se intensificaron tanto que perdí la conciencia espacial. Conduciendo el coche amarillo, ya no sabía si el puente y el atardecer estaban detrás de mí, a la derecha o a la izquierda. Todo lo que sabía era que los habían dejado atrás.

¡Un feliz error!

El coche imitaba la dirección que proponía una de las curvas, así que pronto nos quedamos sorprendidos. El puente apareció de nuevo, esta vez frente a nosotros. Cada vez más cerca. El Sol cada vez más bajo. El cielo cada vez más amarillo, como el reflejo de nuestros ojos y el coche ya casi camuflado. Lo celebramos pues nos dimos cuenta de que sí cruzaríamos el puente justo cuando el Sol pintaba el cielo, haciéndolo dorado. Las sucesivas líneas del puente apuntaban a la carretera, de forma simétrica, como

invitándonos a seguir el camino que señalaban. "¡Es por aquí!" - nos informaban. ¡Mis ojos querían mirar todo!

Con la intención de contribuir a esta escena cinematográfica, en la radio del auto empezo a sonar "Mamma Mia", la música que el grupo ABBA grabó en 1975: "¿My, my, how can I resist you"? Mis manos ya no podían permanecer en el volante. ¡El niño necesitaba soltar la mano del adulto y, definitivamente, entrar a la tienda! Así que crucé el puente que me llevó a Cádiz bailando, cantando y aplaudiendo mientras conducía un coche del color del cielo. Uno de nosotros logró hacer un vídeo de, exactamente, dos segundos de este feliz momento. En el vídeo, grabado en horizontal, el cielo amarillo es sorprendido por el Sol que, con el movimiento del coche, salió por detrás del puente mientras entramos en el camino. Se escuchan tres palmas al ritmo de la canción, que canta precisamente la expresión del coro que le da título: "Mamma mia". Y listo. El vídeo termina. Dos segundos que registran a Cádiz recibiéndonos con una fiesta.



Siete años después, "here I go again", como propone la canción. Estoy de vuelta en la ciudad. Y, con más tiempo y edad, he podido acercarme a los atractivos turísticos con los que coqueteé desde la distancia en aquella primera vez.



A finales de marzo y principios de abril de 2025 construí una nueva relación con la ciudad: Visité el Museo de Cádiz, el Museo del Títere y el Espacio de Cultura Contemporánea. Visité el Castillo de San Sebastián y el Castillo de Santa Catalina. Subí a la terraza de la Torre Tavira, fui al Mercado Central y vi un espectáculo de flamenco en el Teatro Falla. Frecuenté bibliotecas en la Universidad de Cádiz, y al regresar de una de ellas pasé de nuevo por el Puente de la Constitución, el mismo que me acogió al son de ABBA, años antes. Probé salmorejo, bebí vino y hasta hice un curso de gastronomía para aprender a preparar torrijas.

Además, muchas veces, al final del día, después de terminar las actividades laborales, iba al Parque Genovés y, desde allí, caminaba por las aceras que rodean la ciudad, dibujando los encuentros con el Océano Atlántico. La cúpula amarilla de la

Catedral de Cádiz me sirvió de referencia, indicándome el punto que, una vez alcanzado, señalaba la interrupción de la caminata y el inicio de la carrera, esta vez, tomando un camino inverso. El destino: la playa de la Caleta. Yo entraba al mar y, a partir de allí, muchas veces solo en el agua, sentía mi cuerpo caliente, venciendo las fuerzas del mar helado. "There's a fire within my soul". El amarillo superaba el azul. El Sol pintaba el cielo unas veces más y el mar reflejaba este mismo color, imitando el movimiento de despedida hasta el horizonte. Estas experiencias, así como el vídeo grabado en 2018, hacen que, para mí, Cádiz sea amarilla y que, a cada final del día, la ciudad utilice de ese color para celebrar la fiesta que ha sido la vida por allí.



João Paulo Balisceci, Cádiz, 11 de abril de 2025.

2. LA CIUDAD DE CÁDIZ, EL AZUL Y YO

15 de mayo de 2025. Estoy en Cádiz por tercera vez.

Regreso a la ciudad después de un mes de viaje y estudio en otras ciudades españolas.

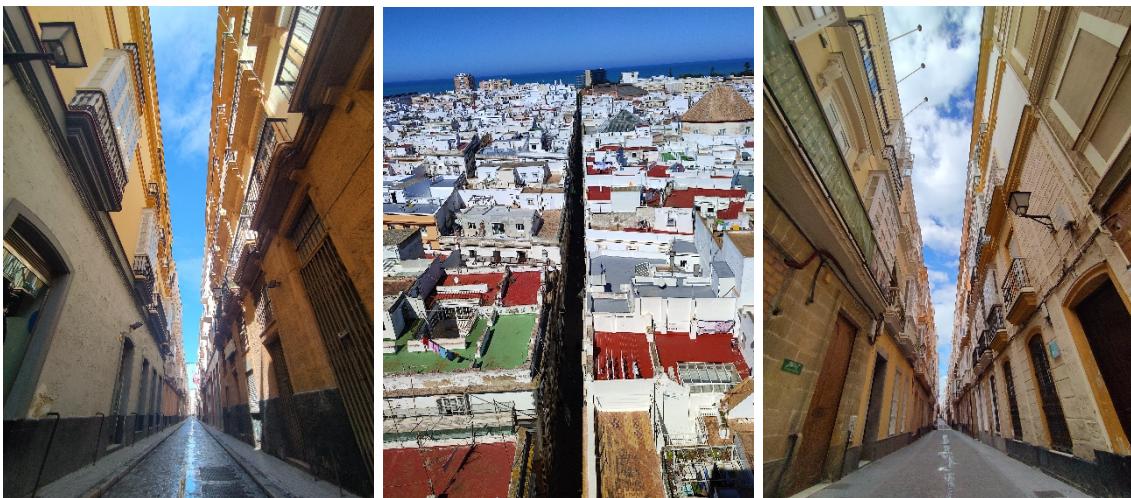
Durante este periodo, dejé en Cádiz un pedazo azul de mí: una maleta con libros, ropa, zapatos y otros objetos personales que un viajero ansioso y exagerado suele llevar con él, innecesariamente, en su equipaje. 25 kilogramos. Cuando estaba a punto de emprender la ruta entre Ronda, Málaga, Barcelona, Sevilla y luego, finalmente, Cádiz, mi amigo Víctor se ofreció amablemente a guardar la maleta con las cosas que serían innecesarias para este viaje. Los 25 kg quedaron en la habitación de su hija menor, Brenda, quien, con igual amabilidad, estuvo de acuerdo. La bondad es azul y nos deja ligeros. En este caso, con 25 kg menos.



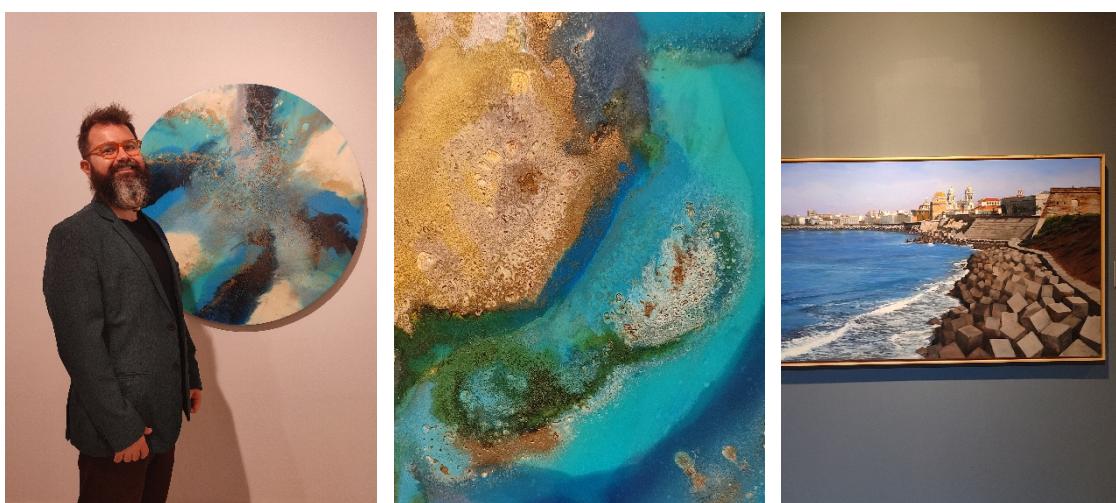
De vuelta a la ciudad y ya con mi maleta, el cielo azul me recibe -amplio, insistente y fuerte- como dándome la bienvenida. El cielo de Cádiz parece coloreado con una especie de pintura permanente, definitiva. Arriba, el cielo siempre es azul. La permanencia es azul y da la sensación de eternidad.



En el Casco Antiguo, la zona de la ciudad donde estuve alojado hace unas semanas, el azul vibrante del cielo contrasta con el blanco pálido de los edificios y con la baja saturación que adquieren debido a la sombra que se proyectan unos sobre los otros. Los edificios compiten entre sí, tapándose para que unos no disfruten del sol. En esa zona de la ciudad, el azul, por tanto, funciona como una especie de instrumento meteorológico. Y los turistas, perdidos en las largas y estrechas calles de la ciudad y confundidos por la palidez de las sombras, recurren a este color para comprobar que, sí, hace sol. En el otro apartamento en el que me quedé no había ventanas que dieran a la calle, sólo un hueco que mantenía toda la casa iluminada por una luz pálida y seca. Cuando, por curiosidad, yo asomaba la cabeza y miraba al cielo, me sorprendía un azul que, lamentablemente, no llegaba al segundo piso del edificio. La curiosidad es azul y proporciona sorpresas felices y tristes.



Esta vez me alojo en otra parte, más alejada de la Playa de la Caleta, en un punto estratégico entre el azul de la Playa Santa María del Mar y el azul del Puerto de Cádiz; en pleno barrio de Santa María. A pesar de compartir el mismo mar, sospecho que las aguas adquieren diferentes tonos de azul. Encontré diferentes tonos marítimos de azules en pinturas de dos artistas gaditanos, cuyas exposiciones visité. Mientras que en los lienzos de Julián Gades el mar que abraza Cádiz es representado a distancia, en los lienzos de Marina Gadea el énfasis en el mar es ampliada y los azules se convierten abstractos. Lo que veo desde la orilla suena a las obras de Julián. Lo que veo cuando me acerco y me sumerjo en el mar suena a las obras de Marina. La profundidad es azul y apunta hacia lo desconocido.



Estoy, nuevamente, en un segundo piso con dos ventanas que reflejan la palidez indiferente de las paredes blancas del exterior. Desde dentro no tengo acceso al cielo. Las paredes interiores, a su vez, no me dejan olvidar el color gaditano. Las decenas de cuadros colgantes exhiben, con un orgullo similar al de las madres, fotografías y mapas azules. Quizás por aquí haya más cuadros que paredes. Desde el escritorio donde escribo esta crónica, si giro ligeramente la mirada hacia la derecha, veo, fijado en un mural, un mapa aéreo de Cádiz rodeado por el azul del mar. Si giro, nuevamente, la mirada hacia la izquierda, sin siquiera tener que mover mi torso, me topo con una fotografía vertical que capta la imagen del Faro de Chipiona. De arriba a abajo, el farol está enmarcado por un cielo azul.

Además, el apartamento ofrece un generoso acceso a la terraza. A partir de ahí, en la parte superior de las cuatro plantas del edificio, el azul, hasta entonces sólo en lo alto, se extiende a todas las dimensiones. Está delante, a la derecha, a la izquierda, arriba y, paradójicamente, abajo. Estar en Cádiz por tercera vez, también, trajo el azul adentro. La gratitud es azul y parece infinita.



João Paulo Balisceci, Cádiz, 15 de mayo de 2025.

¹ Texto vinculado a la investigación *Problematizando Visualidades y Cuestionando Estereotipos - PROVOQUE: Aspectos teórico-metodológico de la Enseñanza del Arte, Lectura de Imágenes y Formación Docente* (2025), realizada con el apoyo de la Fundación Carolina, en el programa “Movilidad de profesorado Brasil-España – 2024”.